

futuro y avisando una vez más á los hombres de que la primera condición para ser útiles al movimiento social, es tener dúctil el espíritu y pronto á las rectificaciones que la realidad va presentando.

El problema se planteará en estos términos: ¿Hasta dónde es respetable la costumbre? ¿Qué función educativa corresponde á la Ley como expresión de la humanidad culta y de las aspiraciones reformadoras? Y quizá tampoco venga esta vez la contestación derechamente acoplada punto por punto á la pregunta. Sino que, como con gran frecuencia ocurre, sean los hechos extrapolíticos, la difusión del saber, la redención educativa del pueblo, lo que movilice la costumbre, convirtiéndola, de elemento estaidizo, en desahogadero libre del espíritu de renovación, comunicado á las masas y curado de abstracciones en el contacto vivificante con la realidad misma.

## X

### Más sobre el liberalismo

Si Mr. Havelock Ellis hubiese retardado un mes la publicación de su artículo sobre los «Ideales españoles de hoy día», el inventario que de ellos hace veríase acrecido con una nueva manifestación de importancia. Al decir «nueva» hago un poco de retórica, porque no es esta la primera vez que de ello se habla en España; pero la falta de estricta *novedad* no es un defecto, sino un mérito, una condición más de vida. En cambio, no hay exageración ninguna en decir que tiene importancia: la tiene por ser concretamente de carácter político (lo cual sólo puede hallarse, entre las anteriores, en la de Costa), y también por reflejar el pen-

samiento de muchos hombres que no son políticos en el sentido vulgar de la palabra, pero se preocupan con los problemas de ese orden, y aun el de algunos que sí lo son, aunque vivan en realidad como extranjeros en su propio partido.

La manifestación á que aludo venía flotando en la atmósfera intelectual española—¡tan reducida, tan desmedrada!—hace tiempo. Tuve ocasión pocos meses ha de oír sus latidos en ese Madrid tan menospreciado por los que más se aprovechan de sus ventajas y más alientan sus defectos (pues claro es que los tiene), para zaherirlos en otras partes. Como es natural ocurra en el proceso histórico de toda idea, esta de que hablo presentaba su forma inicial de vida, que es siempre *teórica*, y pretendía cuajar en una publicación de orientaciones francamente liberales que acabasen con el equívoco mortal de nuestra política *práctica* de ahora. De los varios proyectos que buscaban fórmula de realización ha cuajado al fin uno. De él quiero hablaros.

Su expresión literaria es una revista semanal de doce páginas á cuatro columnas (más otras cuatro páginas de *Boletín Legislativo*), que se titula *Faro*: título simbólico, que ingenuamente dice la aspiración de los redactores y que, al cabo de uno ó dos meses, perderá todo lo que de extraño pueda tener en los oídos del público, para convertirse en un nombre familiar, corriente, representativo de una idea.

El aspecto de la revista es exótico. Recuerda otras inglesas, y más que inglesas, americanas. Es quizá un poco grande de tamaño para su fácil conservación; y me detengo en este detalle, porque no es indiferente para la eficacia social de la acción que pretende ejercer. Pero lo fundamental es lo otro: el contenido.

Entre los varios artículos del número primero hay uno que es como el artículo-programa de la dirección política á que vengo refiriéndome. Lo firma un escritor joven, de apellidos que ningún español ignora: J. Ortega y Gasset. Se titula *La reforma liberal*, y sus dos ideas fundamentales

son: diferencia entre «liberalismo» y «partido liberal»; carencia de lo primero en la presente política española y necesidad de que se llene este vacío.

La diferencia señalada es doble. Tiene efectividad en cuanto á los partidos liberales de hoy día en casi todo el mundo, y continuará teniéndola aun en el caso de que esos partidos renazcan á su primitiva y genuina significación, porque responde á una necesidad inexcusable de la vida política, necesidad permanente, no circunstancial. No satisfacerla, equivale á detener el desenvolvimiento de un Estado: lo cual, en los organismos todos, equivale á la muerte.

¿Qué es, pues, el liberalismo, ó, como podría también decirse, el espíritu liberal? El señor Ortega y Gasset lo define así: «Aquel pensamiento político que antepone la realización del ideal moral á cuanto exija la utilidad de una porción humana, sea ésta una casta, una clase ó una nación. La dirección conservadora, por el contrario, se desentiende de exigencias ideales, niega su valor ético y se atiene en este punto á lo ya logrado, cuando no fomenta el regreso á formas superadas de organización política.» Y por si el concepto resultase algo obscuro (excesivamente *kantiano*, tal vez), el autor lo explica de este modo concreto, con ideas de valor común y corriente: «Cree el liberalismo que ningún régimen social es *definitivamente* justo: siempre la norma de justicia reclama un más allá, un derecho humano aun no reconocido y que, por tanto, trasciende, rebosa de la Constitución escrita...

»...El sentido que su tradición y origen le marcan es indudable y preciso: donde se proclame un derecho nuevo del hombre, allí debe estar, aun cuando los obscurecedores, que son legión, pretendan poner tinieblas sobre lo claro y esplendente.» Ó en otros términos: el liberalismo es una doctrina progresiva, siempre abierta á las necesidades jurídicas humanas (que, como las económicas, aumentan á medida que se satisfacen), representativa del ideal incumplido, de la aspiración que busca efectividad; y por tanto,

una doctrina que se está rehaciendo perpetuamente, en constante é inagotable devenir.

Según esto, ¿qué posición le corresponde al liberalismo en la lucha política real? El señor Ortega y Gasset parece querer asignarle un papel casi científico, puramente propagandista, fuera de la política que se llama práctica. Así induce á pensarlo la distinción que hace entre el espíritu liberal y el partido liberal. «He llamado ideal al liberalismo: ¿quiere esto decir que sea un utopismo? En modo alguno. El ideal, cuando lo es, ni es fantasía ni es ensueño: es la anticipación de una realidad futura. El teorizador del liberalismo tiene que estar fuera de la realidad, *fuera de la realidad actual*, ya que se pone en una futura, y en nombre de ésta exige la transformación de la presente... Tampoco la realización del ideal necesita la destrucción de la realidad: cambiarla es suficiente. Aquí concluye la acción del *liberalismo* y comienza la del *partido liberal*, que es su instrumento. Consiste el papel de éste en adecuar, trozo á trozo, el ideal á la realidad y hallar las fórmulas para insertar en ellas la mayor porción posible de ideal. De este modo quedan sistematizadas las revoluciones. *El liberalismo señala dónde hay que ir; el partido liberal busca y proclama el camino*, pero arbolando en todo instante aquella exigencia última, categórica, que da una dirección y un oriente á sus pasos.» De donde parece que el liberalismo puede ser —en la mente del señor Ortega y Gasset— una de estas dos cosas: doctrina elaborada por los teorizadores de la política (jurisconsultos, sociólogos, economistas, de una parte; los hombres todos, en cuanto el sentimiento de sus necesidades y derechos les sugiere una idea jurídica, de otra: sabios y vulgo, en la orgánica elaboración de los ideales de cada época), y que de ellos irradia á los *prácticos*, sirviéndoles como de guía y luminar y fuente de inspiración; ó bien esta misma doctrina en cuanto encarnada en esos políticos prácticos, para quienes constituye (si han de mantener su virtualidad siempre viva) el elemento progresivo y en perpetua evolución de sus aspiraciones, á diferencia del programa

mínimo, de reformas viables en cada caso, el verdadero programa de gobierno.

¿No será lícito pensar que el liberalismo puede y debe ser otra cosa? Si se limitase á ser lo primero, quedaría fuera del campo positivo de la política, sobre el cual actuaría de un modo reflejo é indirecto; si lo segundo, correría siempre el peligro de desaparecer, sacrificado al programa posible. Precisamente es esto lo que ha ocurrido á los partidos liberales y en lo que estriba su inferioridad actual, como el señor Ortega y Gasset reconoce y deplora. Han descansado sobre sus triunfos del siglo XIX, sobre sus programas de derechos instrumentales y de reformas externas en su mayoría, y no los han acertado á renovar; así se han inmovilizado en la pura preocupación de conservar lo adquirido y vivir de ello, no de aumentarlo cada día con cosas nuevas. Ahora bien; por impulso irresistible, todo partido gubernamental, todo partido que se organice para la posesión del poder, tenderá á descansar en un programa mínimo y agotará pronto sus ideales. En sus manos, el liberalismo estará siempre en trance de anulación.

¿Cómo remediar esto? Lógicamente, así: que el liberalismo constituya un partido para la lucha política; un partido progresista, radical, de perpetua oposición, que renuncie, para conformar con su propia naturaleza, al usufructo del poder, y se contente con ser el acicate constante de los gobiernos, del partido liberal gubernamental, del que ha de aplicar las fórmulas en que se adecúe, «trozo á trozo, el ideal á la realidad»: fórmulas que el liberalismo vivo ha de sugerirle en cada momento, porque es preciso que no sea él una agrupación de teorizantes abstractos, sino de artistas políticos que allanen el camino á las reformas, ofreciendo á los gobernantes moldes prácticos en que vaciarlas. Quiere esto decir, en suma, que debe haber siempre dos partidos liberales: uno de ellos, gubernamental (que no es lo mismo que conservador) desde el poder; otro, gubernamental desde la oposición, constantemente reformista, abierto á todas las novedades, sustituyendo las aspiracio-

nes, apenas realizadas, triunfadoras, con otras superiores y más perfectas: la encarnación, en suma, del partido liberal propiamente dicho.

Nada importa que, de vez en cuando, algunas de sus individualidades pasen de las filas de la oposición á las del gobierno. Será esto innevitable, unas veces; necesario, otras, porque la realización de algunas reformas que se consigan implantar en el programa de los políticos del poder, puede exigir que la oposición radical preste un hombre, como en Francia han hecho los socialistas. Lo fundamental es que persista el grupo, que haya siempre partido radical, que los ideales no se agoten y que su voz sea oída, en forma política, allá donde se fraguan los instrumentos de gobernación de los pueblos.

Ni hace falta que ese partido tenga siempre un programa entero, sistemático, comprensivo de todos los problemas. Aparte de que los problemas políticos no se plantean todos de una vez en la realidad, sino que cada época tiene los suyos, y hasta posee cierta incapacidad mental para comprender otros distintos, hay á menudo necesidades singulares de urgencia mayor, que pueden pedir la concentración de los esfuerzos en un punto: como en esas Ligas para una sola reforma ó un solo grupo genérico de reformas, de que la política inglesa ofrece tantos ejemplos.

El partido radical habrá ocasiones en que deberá adoptar esta posición. Con tal de que mantenga virtualmente (para todo lo más con que de momento no se ocupa) el espíritu vivo de progreso, no negará su misión.

Cierto es que todo esto—la existencia misma del partido del liberalismo—exige de parte de los hombres una abnegación profunda, un amor á los ideales muy superior al sentimiento de los provechos egoístas, incluso á la legítima aspiración del mando. Pero ¿acaso la humanidad ha logrado ninguno de sus grandes avances en todo orden, sin ese espíritu de abnegación que sacrifica la persona al ideal? ¿En qué ha estribado si no en eso la fuerza enorme, avasalladora, de los grandes movimientos revolucionarios, desde

el Cristianismo á la epopeya francesa de 1789? Los que no sientan esa vocación y miren derechamente, como se ha dicho con frase dura, pero gráfica, «al cajón del pan», libre tienen el camino, y aun pueden ser útiles en el poder á los mismos ideales que subordinan á su provecho, pero á que inevitablemente se acogerán como bandera. Siempre quedarán algunos contentos con ser precursores y apóstoles, ¡y desdichado el país en que de éstos no haya, porque, como dice muy bien el señor Ortega y Gasset, «cuando no hay ideal político queda sólo la emoción conservadora, el sentimiento vegetativo de los que se nutren de la realidad presente, de los intereses creados»! Un país semejante, no es sólo presa de todos los egoísmos, sino también de las convulsiones desordenadas y sin substancia. Como el espíritu de protesta contra la explotación no puede morir nunca, busca salida de cualquier modo: si no está nutrido por un ideal, se agota en agitaciones sin fruto, que mantienen la intranquilidad en el espíritu del pueblo. Si no hay «sistema de revolución» representado por el liberalismo tal como va definido, habrá «revolucionarios sin sistema», y tampoco esto conviene á la salud de las naciones.

Ahora bien; España—dice el señor Ortega y Gasset—se encuentra hoy sin liberalismo. El *partido liberal* se ha inmovilizado. Después de conquistadas unas cuantas virtudes públicas, unos cuantos derechos sagrados; logrado en lo esencial lo que pretendía, cumplida su vida heroica, hoy, «perdida la juventud, se obstina en proseguir el mismo gesto de antes». Se ha hecho conservador en el espíritu; puro conservador de lo conquistado y, prácticamente, no ve en la Libertad más que la tolerancia entendida de un modo pasivo, «con sabor de complicidad», y el *laissez faire*. De ahí la falta de jugo, la insignificancia de los programas llamados liberales. Hay, ciertamente, algunos hombres políticos de quienes se puede decir que llevan en su alma algo del sentido genuinamente liberal; pero corriente de *liberalismo*, no la hay todavía (ó no la hay ya) en nuestra política.

Las expresiones colectivas que parecen más avanzadas, no salen, en rigor (hablo de las que tienen expresión en el orden parlamentario, que es el lugar presente de la lucha), del campo de los combates periféricos, insignificantes, de reformas externas, puramente instrumentales. La política nueva, de problemas internos, carece de representación en nuestras Cortes, tanto como la política reformista, la política de ese liberalismo de que habla el señor Ortega y Gasset.

¿Pero hay españoles que la sienten? Yo creo que sí. Para esos, *Faro* puede, efectivamente, ser una luz de llamada, una señal de puerto en que concentrarse. Su aparición merece ser advertida á los hombres reflexivos como manifestación ideal que despierte la esperanza en el mañana.

## Balance español

Hace años que apenas me preocupo de mi balance personal. La acción constante me arrastra, dirigiendo mi vista sin descanso hacia adelante, hacia lo que está por hacer, en el ansia creciente de pagar con obra útil para los otros lo que de ellos recibo en la convivencia del mundo. Pero en cambio, cada día me preocupa más, con una viveza que llega al dolor, el balance colectivo de mi pueblo, de mi España, cuyo amor crece en mí á medida que menos esperanza tengo en su salvación.

Y Diciembre tras Diciembre, cuando se renueva el tópico común del «año nuevo», me pregunto con angustia: ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos ganado? ¿Subimos hacia la luz? ¿Seguimos hundiéndonos en las sombras del quietismo, de la indiferencia, de la patriotería estadiza, bien hallada con las vejezes del vivir miserable que muchos consideran como ideal insustituible?

Y las respuestas nunca dejan de ser desconcertantes, contradictorias, en sus diferentes términos; no sólo por aquella fundamental inseguridad respecto del porvenir de los grupos humanos, de las leyes (si las hay) de su espíritu, de la línea de su desarrollo, que cierra la boca á toda profecía, á toda sentencia firme, sino también por los vaivenes que la historia moderna española ofrece á cada paso.

Doy por presente á los ojos de todo mediano observador

la distinción clara, que nunca debe olvidarse, entre el orden de acción oficial del Estado—y singularmente del gobierno—y el orden de la acción social, nacional, libre; pues á despecho de la enorme influencia que tiene aquél y de la mayor que idealmente le atribuimos (toda atribución ideal es una enorme fuerza sugestiva), muchas veces y para muchas cosas, Estado y sociedad se mueven en esferas diversas y presentan líneas de dirección divergentes, no siendo la conducta y los resultados obtenidos por cualquiera de ellas, tomada aisladamente, criterio para inferir los de la otra. Á pesar de todas las enormes deficiencias que le encontramos, y de las múltiples dificultades *oficiales* en que suele estrellarse, la acción social es ya entre nosotros suficientemente robusta respecto de ciertas cosas—lo económico, verbigracia—para que pueda hacer su camino independientemente, y con provecho harto distinto, de los que el Estado logra en su campo propio. Así, por ejemplo, es indudable que la riqueza social de España, el bienestar económico general de los españoles, han crecido en estos últimos años; como es indudable también que nuestra Hacienda pública sigue tan desorientada en punto á las necesidades reales del país y tan mal administrada como tradicionalmente lo ha sido.

Pero aun manteniendo, sin perderla de vista, esa distinción, las contradicciones continúan, dando en resumen esta fórmula: España progresa en ciertas cosas, y en otras, ó continúa estadiza ó retrocede. Realmente así se produce, después de todo, la historia humana en todas partes, no sólo por ley del espíritu, que jamás parece poder llevar de frente y á un mismo paso todos los problemas, sino también porque el juicio del adelanto ó del retroceso depende del ideal que el crítico tenga formado, ideal variable y que tampoco suele ser *uno* para toda la complejidad de direcciones que ofrece la vida. Pero la cuestión no se resuelve acudiendo á ese análisis de pormenor, sino considerando en conjunto la totalidad de la vida, para llegar á la conclusión unitaria que permite decir, por ejemplo: Inglaterra,

Francia, los Estados Unidos de Norte América, son pueblos progresivos, á pesar de todos los retrocesos parciales que con referencia al tipo moderno de civilización cabe advertir en ellos. Y lo importante es consignar que esa conclusión unitaria no cabe hacerla respecto de nuestro país, porque en él las contradicciones son mucho mayores en número, mucho más agudas que en ningún otro pueblo, y aun al más atrevido ponen en situación de discreta reserva; aunque en el fondo de las convicciones morales que todos nos formamos, sin atrevernos á sostenerlas como científicas y resueltamente comprobadas, la nota pesimista supere á la optimista.

Así, cuando volvemos la vista atrás y recordamos la historia política del siglo XIX, que labraron nuestros antecesores á costa de tanta sangre y tantas lágrimas, desconsuela advertir que, á pesar de todo, en las costumbres, en la opinión pública que dirige y orienta y aun en las mismas leyes, seguimos hoy sin resolver el problema formal del Estado, cuyo período constituyente perdura después de un siglo de tanteos y luchas. Aun se discute en nuestras Cámaras, como una cuestión nueva, aquella de los alcaldes de real orden que en 1840 agitaba los espíritus y que dió ocasión al movimiento revolucionario demoleedor de la regencia de María Cristina y del gobierno de los moderados; vuelve á ser tema de preocupaciones y debates el exceso de clero regular, que en el siglo XVII ya inquietaba á los economistas y jurisconsultos, que el XVIII trató de resolver limitando el número de frailes, y que los progresistas de 1835-37 decidieron de plano, civilmente y por modo absoluto, con la exclaustación; tenemos aún indecisa en la Ley, y más indecisa en las costumbres y en el espíritu público (de la burguesía sobre todo), el principio de la tolerancia, de la libertad religiosa; hay, en suma, una gran parte del programa de los filántropos é *ilustrados* de tiempos de Carlos III y de los doceañistas sus sucesores, que está por cumplir, y más aún, que vuelve á discutirse y á encontrar dificultades para formar una opinión robusta

partidaria de su cumplimiento, aunque sólo sea en el mundo de los políticos profesionales. Y cuando se consideran tales hechos, es imposible sustraerse á la conclusión de que los años no han pasado para nosotros y que nuestra historia no ha corrido durante más de un siglo, en lo que se refiere á los problemas fundamentales de la vida nacional. Espontáneamente vuelve la memoria á los días aquellos en que Castelar, el gran tribuno de nuestra democracia política, declaraba, engañado por las apariencias, que el ciclo de las reformas que se refieren á la acción del Estado había terminado y que, en este punto, podíamos descansar sobre los laureles; y confronta semejante optimismo—que idealmente se explica por la orientación individualista y puramente formal de aquel político—con la declaración pesimista, casi contemporánea, de Cánovas, en su discurso de 1884 en el Ateneo de Madrid, cuando decía que, en opinión suya, la nación española había retrocedido (en vez de adelantar, como de ordinario se supone) en punto á su vida real y efectiva (no la que simulan leyes é instituciones que no pasan del papel), á sus costumbres y prácticas en el orden político. La sospecha de que esto sea lo verdaderamente cierto, sube de punto si, al lado de todo lo que va dicho, colocamos la indiferencia de la inmensa mayoría de nuestra juventud hacia los problemas ideales de la vida nacional, el positivismo práctico que nos consume y se compendia en un desdeñoso alzar de hombros para todo lo grande, acompañado de una sonrisa lastimera y de la palabra con que el innoble *argot* callejero califica todo lo que no es fútil, todo lo que obliga á pensar seriamente y á preocuparse por el bien colectivo: «una lata».

Pero al lado de esto hay otras partidas del balance que renuevan la confianza en una curación interna, en una lentísima, pero decisiva renovación del espíritu público, que tal vez acabará por imponerse al Estado y por traducir en leyes (entonces verdaderamente eficaces y vivas) sus ideas y sentimientos. Á ese orden pertenecen los elementos sanos, progresivos, modernos, que, mezclados con otros,

hay en el programa del movimiento regional de ahora; el despertar económico de varias localidades del Norte, del Sudeste y aun del Centro; el espíritu *social* de considerables masas obreras y su afán por la cultura; el descrédito del ideal imperialista y de los compromisos internacionales que puedan obligarnos á un gasto de fuerzas en aventuras que restarán energías para la obra de reconstrucción interior, y la incorporación al común sentir de las gentes capaces de tener opinión, de principios que hace veinte años, y aun menos, eran tenidos por cosa estafalaria y sospechosa. Así, por ejemplo—y el ejemplo es de significación altísima—, la coeducación de ambos sexos, que no hace mucho era todavía motivo de burlas en hombres que presumen de cultos, la practica ya en Madrid un colegio congregacionista, nótese bien, congregacionista; y en otro de filiación religiosa se admiten alumnos católicos y protestantes, y para el servicio de cada uno de estos grupos hay un sacerdote de su respectiva Iglesia.

Todo nuestro porvenir estriba en que este género de manifestaciones se acentúe cada día más y vaya creando una opinión, para barrer los obstáculos oficiales y mandar, en vez de ser mandada, como en todo lo que depende del Estado lo es hoy. Cuando ese día llegue—y á que llegue pronto han de ir encaminados todos los esfuerzos de los patriotas de veras, que no son los bullangueros—, poco importará que los gobiernos regateen mezquinamente el dinero para que nuestra juventud vaya á recoger, en los países extranjeros progresivos, las experiencias y las orientaciones de la civilización, porque el contingente electoral no sostendrá ni por un momento á tales gobernantes; ó dejándoles que se consuman en su estéril quietud, el cuerpo social proveerá por sí mismo á las necesidades fundamentales de su vida, descentralizando en el más profundo sentido de la palabra, haciendo verdaderamente autónomas fuera de la acción del Estado instituciones y esferas de actividad que los políticos, con espíritu suicida, cada vez alejan más de su campo. Si todo ese movimiento se para-

liza, se frustra ó camina con velocidad inferior al proceso de las necesidades que representa, nuestro balance saldrá de dudas y se cerrará con un resumen definitivo que será la muerte de la nación. Sépanlo los españoles y tomen pronto el camino que crean convenirles más.

---